

LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE BORJA (SIGLO XVIII)

CONSTRUIDO A PARTIR DE 1724, ES UNO DE LOS TEMPLOS HISTÓRICOS DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

En el centro histórico de Las Palmas de Gran Canaria, en una de las calles más antiguas de la ciudad, se alza el templo de San Francisco de Borja, iglesia construida por iniciativa de la Compañía de Jesús en el siglo XVIII. Por la circunstancia de su emplazamiento, en una vía estrecha y sin apenas perspectiva, este monumento religioso suele pasar desapercibido al visitante, aunque destaca visiblemente su bella portada de notables columnas salomónicas. El templo es un testimonio de la presencia docente que desde finales del siglo XVII tuvo el orden de San Ignacio de Loyola en Las Palmas, materia que ha sido estudiada por el padre Julián Escribano en su Historia de los Jesuitas en Canarias.

EL PRIMER COLEGIO

El primer colegio que se estableció en Las Palmas fue el de la Sagrada Familia, abierto por la Compañía de Jesús en la calle de la Vera Cruz el 1 de enero de 1697. Antes de esta fecha solamente se impartían las clases de un preceptor de Gramática, dotado por el Cabildo de la Catedral, y las que se ofrecían en los claustros de los conventos de Santo Domingo y San Agustín. Pero ya desde el siglo XVI, aquel organismo religioso se había dirigido a la Compañía solicitando el envío de dos religiosos de la orden y la creación de un colegio para atender a la enseñanza en la ciudad.

El Colegio de los Jesuitas ocupó una casona situada al naciente de las casas del Tribunal de la Inquisición, que le fue cedida por un canónigo e inquisidor del Santo Oficio llamado Andrés Romero y Suárez Calderín. La casa se acondicionó modestamente para cumplir su cometido y, con el paso del tiempo, fue ampliando sus dependencias mediante la adquisición o donación de edificaciones y solares colindantes. En el siglo XVIII, el establecimiento se albergaba en una amplia edificación con fachada principal a la mencionada vía y respaldo a la calle de los



Canónigos. El Colegio tenía escuela de lectura y escritura, así como enseñanza de gramática; más tarde se impartieron también clases de teología y filosofía escolástica.

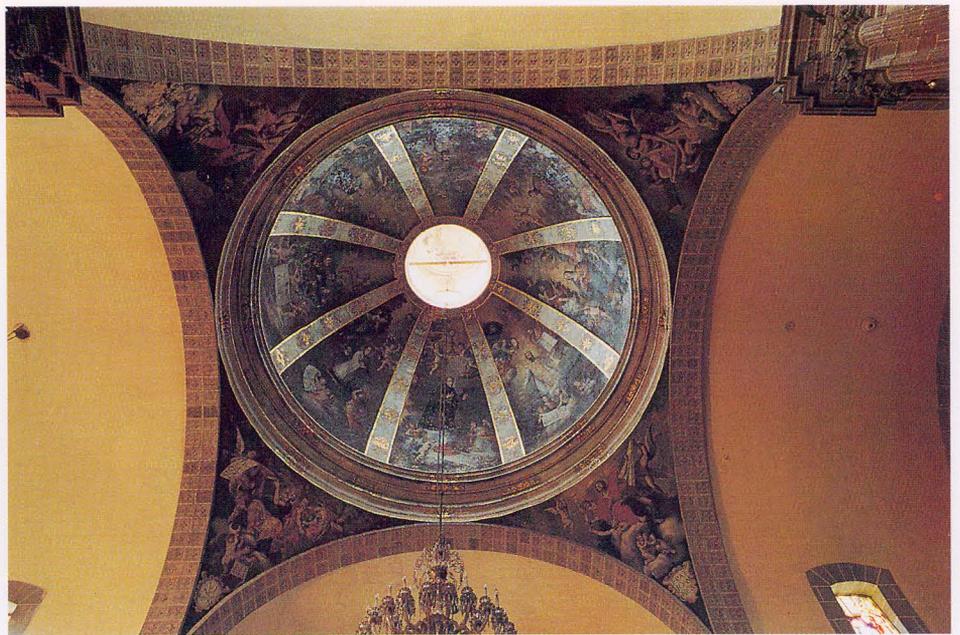
Setenta años permaneció abierto este primer Colegio de la Compañía de Jesús en Las Palmas. Durante este periodo pasó

por varias vicisitudes y hubo de superar serias dificultades hasta que, merced a las ayudas recibidas, fue consolidándose como centro de enseñanza. Pero, al ordenarse en el año 1767 la expulsión de dicha comunidad religiosa de España y de todas sus posesiones, el Colegio de Las Palmas tuvo que cerrar sus puertas.



LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

A raíz del establecimiento del Colegio de la Sagrada Familia, los dos religiosos que impartían la docencia adecuaron como oratorio una dependencia de la planta baja del edificio... Pero pronto abrigaron la ilusión de levantar una iglesia apropiada para las exigencias de la orden. Emplazado en solar colindante con el Colegio, el nuevo templo comenzó a construirse en el año 1724, conforme a la traza de las iglesias jesuíticas. En aspectos concretos se inspiró en edificaciones religiosas existentes en la ciudad (iglesia de San Bernardino de Siena, del convento de las monjas clarisas, y Puerta del Aire del Claustro de los Naranjos). Al parecer, en la primera fase de su construcción intervinieron varios maestros de obras y de cantería locales. Posteriormente, se consultó con un religioso de la Compañía que se ocupaba de la orientación y supervisión arquitectónicas de varias iglesias que edificaba la orden en otras ciudades de la Península. El periodo de su construcción hubo de soportar los avatares y altibajos que las empresas de este género sufrían entonces, ya que los recursos eran escasos y transcurrían largos periodos sin que se pudieran obtener los medios económicos necesarios para retribuir a los canteros y para hacer frente a los pagos de la obra. En la dirección de la última fase de la edificación intervinieron el ingeniero Francisco Lapiere, en ocasión de una estancia profesional en la isla, y el afamado maestro Juan Fernán-



dez de Torres. Finalmente, tras la aportación monetaria que ofreció el obispo Guillén, pudo culminarse la construcción y la iglesia de San Francisco de Borja fue inaugurada en el año 1754. Fue la última de las iglesias históricas que se alzó en Las Palmas y su cúpula representó una novedad arquitectónica introducida por los jesuitas en las islas Canarias.

La fachada del templo está fabricada enteramente en cantería azul del lomo de Arucas, Gran Canaria. La portada se inspiró, en parte, en la renacentista Puerta del Aire del claustro de la Catedral de Santa Ana. Pero, particularmente, incor-

pora típicos elementos barrocos que le otorgan su impronta: frontón partido y dos poderosas columnas salomónicas, ornamentadas en sus vueltas con decoración vegetal, y coronadas con doble capitel superpuesto, corintio y jónico. Ambas columnas se adelantan sobre pilastras cajeadas, adosadas a la fachada, y están unidas a ésta en su parte superior por un magnífico entablamento que se apoya en los capiteles.

La portada de San Francisco de Borja es de las más relevantes muestras del barroco en las islas Canarias. Exceptuando ésta, la fachada es de una gran sobrie-



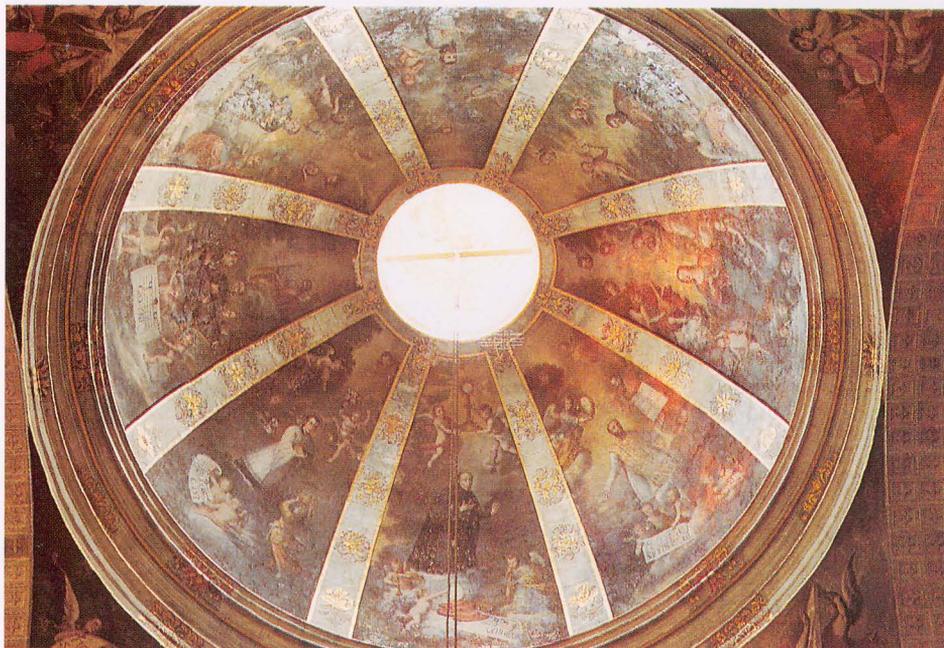


dad, concebida dentro de la austeridad de las construcciones jesuíticas y condicionada por el angosto espacio disponible. Desde ella se asoman dos artísticas gárgolas zoomorfas de reminiscencias medievales. Por otro lado, el campanario se concibió a la manera de un templete, con balconada corredor de madera en el exterior.

En otro tiempo, la cúpula resaltaba en el perfil de la antigua villa, pero hoy apenas es visible entre las edificaciones que la rodean.

El interior de la iglesia, con planta de cruz latina, se hizo de una sola nave. A mitad del siglo XX, una reforma aprovechó sendas galerías laterales para añadirle dos estrechas naves. Su piso estaba compuesto originalmente por baldosas de piedra, pero en la segunda mitad del siglo XIX se las sustituyó por piezas de mármol. La cúpula se alza sobre cuatro anillos y cuatro arcos sostenidos sobre pilares. Conforme a la moda de la época, las pechinas del interior de la cúpula fueron decoradas con pinturas de santos y de la

Asunción de la Virgen; entre aquéllos están las principales figuras de la Compañía de Jesús: San Francisco de Borja, San Francisco Javier y San Estanislao de Koska. Al parecer, los murales fueron encargados inicialmente al relevante artista grancañario Juan de Miranda, sin que se tenga constancia de que éste llegara a realizarlos; se atribuyen al pintor local Francisco de Rojas y Paz. Entre los altares de la iglesia hemos de señalar el retablo de Nuestra Señora de los Dolores, obra rococó del siglo XVIII del prestigioso tallista José de San Guillermo.



EL SEMINARIO

Pocos años después de la expulsión de los jesuitas, el Colegio pasó a ser la sede del Seminario de Canarias, creado por la iniciativa del obispo Cervera. El Seminario permaneció en este lugar hasta la mitad del siglo XX. Los edificios y dependencias ocupados por la Compañía de Jesús en el siglo XVIII se conservan en la actualidad, aunque buena parte de ellos se encuentran en el más lamentable estado de abandono y demandan desde hace muchos años una urgente restauración. Una parte de la edificación, de escasos valores arquitectónicos, ha sido sustituida recientemente por una edificación funcional que ya altera las características del conjunto. La casa que el canónigo Romero donó a los hermanos jesuitas, conserva su portada de piedra,

con frontón partido y una flor labrada en su centro. Sobre ella, la ventana exhibe un pequeño balcón con antepecho de entrelazos. En su interior hay lo que fue un hermoso patio cuadrangular con columnas sobre plintos y capiteles de orden corintio. Al fondo del patio asciende una escalera de piedra, de doble tramo, cubierta por bello artesanado de madera.

La entrada del Colegio, y posteriormente del Seminario, presenta una portada de sillería con frontón curvo, que se parte en su centro para dejar espacio a un escudo labrado con las armas de España. El patio era en arcadas, de las que hoy sobreviven dos arcos sustentados por pilares. Estas dos casas, junto a la iglesia y a la actual residencia de la Compañía ofrecen una extensa línea de fachada a la calle Doctor Chil, ocupando la mayor parte de la manzana en la que están situadas.

Hacia la calle de los Canónigos, aquellas dependencias tenían, igualmente, ancha fachada, particularizada por una sencilla portada de piedra destacada con frontón triangular. Esta parte del conjunto, edificada en el siglo XVIII, se ordena alrededor de un patio de planta cuadrangular, cuya galería, ceñida por antepecho corrido de balaustres torneados, se apoya sobre postes y zapatas que testimonian un excelente trabajo de carpintería. Es la parte mejor conservada hoy de lo que fue el antiguo complejo jesuítico, ocupado a partir de 1777 por el Seminario de la Inmaculada Concepción. En estas depen-



dencias hay un centro de estudios teológicos. Por otra parte, en situación de grave deterioro, como antes señalamos, los edificios de la calle Doctor Chil, deben ser objeto de rehabilitación para ser adecuados a un uso cultural. Desaparecidos los seis conventos que tuvo Las Palmas entre los siglos XV y XIX, ésta es la única dependencia religiosa de la antigua ciudad que permanece en pie, excluidas naturalmente las iglesias, las ermitas y el obispado. El edificio del antiguo Colegio y, más tarde, Seminario, habría podido proporcionar prosapia a la instalación del rectorado de una Univer-

sidad tan reciente como la de Las Palmas de Gran Canaria. Decidido el emplazamiento de éste en el edificio que fue del antiguo Instituto de Bachillerato Pérez Galdós y, posteriormente, del hospital militar, quedan hoy las dependencias del primer colegio que tuvo Las Palmas a la espera de la necesaria y deseable restauración y, esperemos, de su ulterior destino, como bien de interés histórico y artístico, al uso social y cultural de la vieja ciudad.

ALFREDO HERRERA PIQUÉ
FOTOS: MANUEL GÓMEZ

